

Editorial

Hay una vieja idea, profundamente arraigada en las sociedades posindustriales de consumo, que insiste en representar al mundo rural como un espacio detenido en el tiempo. Bajo esa mirada parcial y simplista, los pueblos rurales serían apenas vestigios de un pasado que se desvanece lentamente ante el inexorable avance de la modernidad. Sin embargo, los manuscritos de este número de Enfoque Rural nos recuerdan algo distinto: los territorios rurales no son reliquias del pasado, sino laboratorios vivos donde se negocia cotidianamente el futuro.

Cada uno de los trabajos reunidos en este volumen narra una historia particular, pero en conjunto construyen un diálogo horizontal más amplio sobre la manera en que las comunidades rurales sostienen, transforman y proyectan sus patrimonios bioculturales. No nos referimos solamente a los recursos naturales ni exclusivamente a las expresiones culturales. Hablamos de una trama compleja donde semillas, paisajes, alimentos, conocimientos, memorias y formas de organización comunitaria se entretajan para dar sentido a la vida colectiva.

Las mujeres de Manuel León, en Veracruz, que recorren los cafetales para recolectar plantas medicinales y elaborar el peculiar licor de marzo; los campesinos que continúan seleccionando semillas de maíz nativo en las parcelas otomíes; los recolectores de hongos de Santiago Tianguistenco que preservan sus conocimientos para ser transmitidos durante generaciones; o los habitantes del Valle del Mezquital que mantienen una relación simbólica viva con las aves de su entorno y son mucho más que protagonistas de relatos locales. Son custodios y reservorios vivos de un conocimiento tradicional ecológico que se resiste a la homogeneización cultural y a la creciente desconexión entre sociedad y naturaleza.

En tiempos dominados por la crisis climática, la pérdida de biodiversidad y el debilitamiento de las estructuras comunitarias, estas experiencias adquieren una relevancia extraordinaria. No porque representen una visión bucólica del pasado, sino porque contienen respuestas concretas a algunos de los desafíos más apremiantes del siglo XXI. La diversidad biocultural no es un relato académico ni una curiosidad etnográfica; constituye una condición fundamental para la resiliencia de los territorios y para la construcción de futuros compartidos, más justos y sostenibles.

Pero este número también nos invita a mirar críticamente las contradicciones del presente. Mientras algunos artículos documentan procesos de conservación, transmisión de saberes y fortalecimiento del tejido comunitario, otros nos confrontan con fenómenos como la gentrificación turística, la apropiación desigual de los beneficios del desarrollo o las tensiones derivadas de ciertos modelos de modernización. El turismo, por ejemplo, aparece simultáneamente como una oportunidad y como un desafío; como una posibilidad de valorización de los bienes territoriales, pero también como un mecanismo capaz de acelerar procesos de exclusión social y deterioro ambiental.

Estas contradicciones nos obligan a formular preguntas incómodas. ¿Quién se beneficia realmente del desarrollo? ¿Quién decide el destino de los territorios? ¿Qué conocimientos son reconocidos como valiosos y cuáles permanecen invisibilizados? ¿Puede existir innovación sin desarraigo? ¿Es posible construir prosperidad sin sacrificar la memoria biocultural de los lugares?

La respuesta que emerge de forma transversal a lo largo de estas páginas apunta hacia la necesidad de fortalecer las capacidades locales para decidir sobre su propio futuro. Los territorios rurales no requieren ser salvados desde fuera y desde arriba; requieren ser escuchados. En sus prácticas agrícolas, en sus sistemas agroalimentarios, en sus formas de organización colectiva y en sus patrimonios bioculturales existe una enorme reserva de saberes que con frecuencia permanecen al margen de los grandes relatos sobre el desarrollo.

Probablemente la lección más importante de este número sea precisamente esa: el futuro no se construye únicamente en los centros financieros, en los laboratorios tecnológicos, en las universidades o en las grandes ciudades. También se construye en los cafetales veracruzanos, en los bosques donde nacen los hongos comestibles silvestres, en los fogones donde sobreviven las cocinas tradicionales, en el saber artesano que incorpora herramientas digitales sin renunciar a su identidad y en los territorios que continúan defendiendo su derecho a existir desde sus propios términos.

De cara a nuestros tiempos caracterizados por la aceleración, el extractivismo y la pérdida de memoria, los trabajos aquí reunidos nos recuerdan que existen otras formas de habitar el mundo. Formas donde la diversidad es riqueza, la memoria es un recurso estratégico y la comunidad sigue siendo una fuerza transformadora.

A fin de cuentas, los territorios recuerdan. Y mientras recuerden, seguirán encontrando caminos para imaginar su porvenir.

Dr. en Ciencias Agrarias
Humberto Thomé Ortiz
Editor en Jefe

Dra. en Ciencias Agropecuarias y Recursos Naturales
Julieta Gertrudis Estrada Flores
Coordinadora Editorial